

CAPÍTULO 2. LA ADORACIÓN

Esto se ha definido como el acto de rendir honor Divino, incluyendo en él reverencia, estima y amor. Literalmente significa llevar la mano a la boca, «besar la mano»; en los países orientales esta es una de las grandes señales de respeto y sumisión. La importancia de venir delante de Dios con este espíritu es grande, por lo tanto se nos inculca con tanta frecuencia en la Palabra de Dios.

El Rev. Newman Hall, en su obra sobre el Padrenuestro, dice: «La adoración del hombre, aparte de la revelación, ha sido uniformemente caracterizada por el egoísmo. Venimos a Dios ya sea para agradecerle los beneficios ya recibidos, o para implorar aún más beneficios: alimento, vestido, salud, seguridad, consuelo. Como Jacob en Betel, estamos dispuestos a hacer que la adoración que rendimos a Dios sea correlativa con "comida que comer, y ropa que vestir". Este estilo de petición, en el que el yo generalmente precede y predomina, si no absorbe por completo nuestras súplicas, no solo se ve en los devotos de los falsos sistemas, sino en la mayoría de las oraciones de los cristianos profesantes. Nuestras oraciones son como los jinetes partos, que cabalgan en una dirección mientras miran hacia otra; parecemos ir hacia Dios, pero, en realidad, reflexionamos sobre nosotros mismos. Y esta puede ser la razón por la cual muchas veces nuestras oraciones son enviadas, como el cuervo del arca de Noé, y nunca regresan. Pero cuando hacemos la gloria de Dios el fin principal de nuestra devoción, ellas salen como la paloma, y regresan a nosotros con una rama de olivo.»

Permíteme remitirte a un pasaje de las profecías de Daniel. Él fue uno de los hombres que sabían orar; su oración trajo la bendición del cielo sobre sí mismo y sobre su pueblo. Él dice: «Dirigí mi rostro al Señor Dios, para buscarle en oración y súplica, con ayuno, cilicio y ceniza; y oré al Señor mi Dios, e hice mi confesión, y dije: ¡Oh Señor, Dios grande y temible, que guardas el pacto y la misericordia para con los que te aman y guardan tus mandamientos!»

El pensamiento al que quiero llamar la atención especial se transmite en las palabras: «¡Oh Señor, Dios grande y temible!» Daniel ocupó su lugar correcto delante de Dios —en el polvo—; puso a Dios en Su lugar correcto. Fue cuando

Abraham estaba postrado sobre su rostro delante de Dios que Dios le habló. La santidad pertenece a Dios; la pecaminosidad nos pertenece a nosotros.

Brooks, ese gran escritor puritano de antaño, dice: «Una persona de verdadera santidad está muy afectada y embargada por la admiración de la santidad de Dios. Las personas no santas pueden estar algo afectadas y embargadas por las otras excelencias de Dios; son solo las almas santas las que están embargadas y afectadas por Su santidad. Cuanto más santos son, más profundamente son afectados por ella.

Para los santos ángeles, la santidad de Dios es el diamante resplandeciente en el anillo de la gloria. Pero las personas no santas están afectadas y embargadas por cualquier cosa antes que por esto. Nada golpea al pecador con tal desánimo como un discurso sobre la santidad de Dios; es como la escritura en la pared; nada hace que la cabeza y el corazón de un pecador duelan como un sermón sobre el Santo; nada irrita y oprime, nada punza y aterroriza a los no santificados, como una exposición viva de la santidad de Dios. Pero para las almas santas no hay discursos que más les convengan y satisfagan, que más las deleiten y contenten, que más las agraden y aprovechen, que aquellos que más plena y poderosamente revelan que Dios es glorioso en santidad.» Así que, al venir delante de Dios, debemos adorar y reverenciar Su nombre.

Lo mismo se manifiesta en Isaías: «En el año en que murió el rey Uzías, vi también al Señor sentado sobre un trono, alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él estaban los serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubría su rostro, y con dos cubría sus pies, y con dos volaba. Y uno clamaba a otro, y decía: Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria.» Cuando vemos la santidad de Dios, le adoraremos y le magnificaremos.

Moisés tuvo que aprender la misma lección. Dios le dijo que se quitara las sandalias de sus pies, porque el lugar donde estaba era tierra santa. Cuando oímos a hombres tratando de hacer ver que ellos son santos, y hablando de su santidad, ellos menosprecian la santidad de Dios. Es de Su santidad de lo que

necesitamos pensar y hablar; cuando hagamos eso, estaremos postrados en el polvo. Recuerdas también cómo fue con Pedro. Cuando Cristo se le dio a conocer, dijo: «Apártate de mí, porque soy hombre pecador, ¡oh Señor!» Una vista de Dios es suficiente para mostrarnos cuán santo es Él, y cuán no santos somos nosotros.

Encontramos que Job también tuvo que ser enseñado con la misma lección. «Entonces Job respondió al Señor, y dijo: He aquí, soy vil; ¿qué te responderé? Pondré mi mano sobre mi boca.»

Mientras oyes a Job discutiendo con sus amigos, pensarías que era uno de los hombres más santos que jamás hayan vivido. Él era ojos para el ciego y pies para el cojo; alimentaba al hambriento y vestía al desnudo. ¡Qué hombre tan maravillosamente bueno era! Era todo yo, yo, yo. Al final Dios le dijo: «Ciñe tus lomos como un hombre, y te haré algunas preguntas.» En el momento en que Dios se reveló, Job cambió su lenguaje. Vio su propia vileza y la pureza de Dios. Dijo: «De oídas te había oído, pero ahora mis ojos te ven; por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza.»

Lo mismo se ve en los casos de aquellos que vinieron a nuestro Señor en los días de Su carne; aquellos que vinieron correctamente, buscando y obteniendo la bendición, manifestaron un sentido vivo de Su infinita superioridad sobre ellos mismos.

El centurión, de quien leemos en el octavo de Mateo, dijo: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo;» Jairo «le adoró», mientras presentaba su petición; el leproso, en el Evangelio de Marcos, vino «arrodillándose ante Él;» la mujer sirofenicia «vino y se postró a sus pies;» el hombre lleno de lepra «viendo a Jesús, se postró sobre su rostro.» Así también, el amado discípulo, hablando del sentimiento que tenían acerca de Él cuando permanecían con Él como su Señor, dijo: «Vimos su gloria, la gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» Por muy íntima que fuera su comunión, y tierno su amor, ellos reverenciaban tanto como compartían, y adoraban tanto como amaban.

Podemos decir de cada acto de oración lo que Jorge Herbert dice de la adoración pública:

«Cuando una vez tu pie entra en la iglesia, descálzate; Dios es más que tú; pues tú estás allí Solo por Su permiso. Entonces cuidado, Y hazte todo reverencia y temor. Arrodillarse nunca estropeó las medias de seda; abandona tu rango. Todos son iguales dentro del umbral de la Iglesia.»

El hombre sabio dice: «Guarda tu pie cuando vayas a la casa de Dios, y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no consideran que hacen el mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra alguna delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras.»

Si estamos luchando por vivir una vida más elevada, y por conocer algo de la santidad y pureza de Dios, lo que necesitamos es ser puestos en contacto con Él, para que Él se revele. Entonces ocuparemos nuestro lugar delante de Él como aquellos hombres de antaño fueron constreñidos a hacerlo. Santificaremos Su Nombre —como el Maestro enseñó a Sus discípulos, cuando dijo: «Santificado sea Tu Nombre.» Cuando pienso en la irreverencia del tiempo presente, me parece que hemos caído en días malos.

Permitámonos, como cristianos, cuando nos acerquemos a Dios en oración, darle Su lugar correcto. «Tengamos gracia para servir a Dios aceptablemente, con reverencia y temor piadoso, porque nuestro Dios es fuego consumidor.»

La Trinidad

«Tú, querida y gran misteriosa Trinidad, Por siempre seas adorada, Por toda la gracia sin fin que vemos En nuestro Redentor atesorada.

«La antigua gracia del Padre cantamos, Que nos eligió en nuestra cabeza; Ordenando a Cristo, nuestro Dios y Rey, A sufrir en nuestro lugar.»

«El sagrado Hijo, en iguales acentos, con reverencia invocamos, por toda Su gracia, y dolores de muerte, y espléndida justicia.

«Con lengua melodiosa al Espíritu Santo, por Su gran obra alabamos, cuyo poder inspira a la hueste comprada con sangre a elevar su voz agradecida.

«Así al Eterno Tres en Uno nos unimos para alabar, por la gracia y la gloria sin fin por medio del Hijo, como resplandeciendo de Su rostro.»